Después de muchos años he terminado por comprender que la naturaleza de las cosas me llevaba a desear la muerte. Y no porque yo sea yo, sino porque soy un hombre. Ahora, cada una de mis sensaciones se ve colmada por un descontento que se va precisando y que trataré de definir en las páginas que seguirán: la bocanada de horror que respiro a cada instante ha terminado por dar a todos los actos de mi vida un regusto que ahora me siento capaz para definir.

A través de la percepción de un objeto, sea cual sea, siento una especie de lesión de mi pensamiento. El mundo en el que vivo está cargado por el peso de la luz, una luz en la que no puedo penetrar sin que todos los pensamientos que me habitan se vuelvan transparentes e inexistentes como espectros. Este mundo es grotesco, y es necesario que muestre su sinsentido ya que, aun sin conocer otro, soy capaz de juzgarlo imperfecto. No se puede permanecer para siempre en la horrible luz, sobre la odiosa lluvia de destellos; y si alguien tan exigente como yo aún permanece allí, es porque no sabe por qué extremo atrapar a la noche.

Hay una noche dentro de la noche.

Algunas tardes me siento tocado por una especie de melancolía, una insensibilidad muy triste. Me siento inferior, es decir, digno de una mediocridad a la cual compruebo que mi vida se adapta. Me siento apartado del mundo por la idea que me hago de su belleza. No sufro; saboreo y pienso mi silencio como si fuera la expresión más apropiada de mi vacío interior.

Me asquea este yo, porque sé que posee la realidad del mundo en sus manos. Odio este «yo» que, en vez de formarme, me determina. Porque es la unidad de todos mis momentos, pero me abandona en medio de ellos, y tiende a otorgarme por ser mi propio pensamiento, es decir, aquello que me coloca frente al mundo exterior pero fuera de él.

¡Todos mis instantes en uno solo!... Siento, a partir de ahora, que mi pena no durará tanto como yo. Mi verdadero ser me coloca frente a ella. ¡Ah! Es necesario tener por toda existencia real el ser abstracto de esa unidad. La unidad de todos mis instantes no necesita ser representada en el universo material por este cuerpo absurdo al cual estoy ligado. ¡Esta unidad da sus frutos!

Mi yo solo se encuentra en un mundo en el que no puedo permanecer.

El mismo silencio de antes está ahora en el olvido, donde la proximidad del sueño introduce las cosas. Soy el mismo, sin duda, excepto porque soy más responsable de la vida que antes. ¡Ay!, en el pensamiento en el que vivo, mi ser pesa ahora más que mi corazón. Me considero un hombre, me habito, me

conozco. Este yo que es la unidad de todos mis momentos piensa en su existencia en vez de pensar en su unidad.

La realidad de este mundo ha perdido su inocencia. Mi cuerpo me fue arrebatado; me quedó la mancha. La falta de ser ha sobrevivido en mí a la existencia.

Dolor incomprensible, incomunicable, del que nada me sanará. Solo soy real en mi amor; y soy débil, puesto que soy carne. Pero la sombra de los otros queda sobre mí para cubrirme de vergüenza.

Durante los primeros meses de este año de 1935 siento un poco mejor los límites de mi fuerza y mi debilidad. Parece que mi voluntad se despierta en el seno de mi vida, que aspira a devenir la conciencia de mi destino; y me apresuro a traducirla aquí en términos claros y comunicables. De este modo hago las paces con un futuro frente al que temo que mi coraje no estará a la altura.

El yo es la unidad de instantes. Pero es necesario que el contenido de estos instantes no le impida tomar conciencia de esta unidad. Por muy mal que lo exprese, traduzco más o menos mi pena de enfermo; o, para ser más exactos, el sueño que eclosiona en mi ambición de verla terminar. Entre la unidad de mis instantes y la conciencia de esta unidad, a partir de ahora no hay lugar para nada exterior a mí… Me complace pensar también que el amor absoluto representa para mí, más que nunca y a pesar de lo real, la solución elegida. Pero hay otra que vuelve a ocultar el mundo real bajo las tramas de un mundo que inventaré. Durante mi años de juventud me contenté con ver a mi amor transfigurar a las personas y las cosas que me eran cercanas. La existencia que este poder me per-

mitía disfrutar, un poco al margen de la opinión común, hacía resonar en lo más hondo de lo real esa unidad de instantes que mi pensamiento utilizaba para transformar los rostros. Esta operación poética ya no me satisface.

He puesto todas mis fuerzas en «naturalizar» el accidente del cual mi juventud fue víctima. He querido que dejase de ser ajeno a mí: y que toda mi actividad intelectual y moral fuera su prolongación necesaria; como si, en una existencia por completo restaurada, pudiera borrar el carácter material del que estaba envuelto, eliminar de mis pensamientos la sensación de que un azar había podido extenderse en mí sin desenredar mi vida de la de las cosas. Para mí no se trata de escribir, sino de devolver a mi vida su altura inestimable; y por ello, hacerla indiferente a todo aquello que se produce en ella como accidente.

Solo el mundo es lo bastante grande para expresar la paz de mi espíritu, el hechizo de un pensamiento al entrar en la casa de la verdad. Me siento más feliz que ayer y la felicidad de esta tarde no se distingue de aquella que un día sentí y que creí haber perdido. Fuera de mí existe un ser de carne que es la unidad de todas la horas, del mismo modo que mi pensamiento es la unidad de todos mis instantes. A través de la belleza de las cosas, un sueño se eleva desde mi mirada como una transparencia, de la que mi cuerpo cumple el presentimiento. Palabras huecas, sin duda, a las que una descripción tan ingenua como sea posible de mis sensaciones reemplazará para bien.

Tomaré nota del color de estas emociones; a aquellos que me lean les comunicaré el sabor. Explicaré el modo en que la

belleza de las cosas me parece volverlas reales. Incluso si esto significa escandalizar a los espíritus positivos, declararé que esta belleza me parece la condición de su existencia, como si, entre ella y mi mirada, mi ser y el suyo se hubieran forjado con posterioridad.

Amar es estar ausente de sí, descubrir la verdad de la propia vida en la presencia de aquello que no se puede tener. He conocido antes estas sensaciones. Ahora las vuelvo a ver más fuertes, más unidas a enfermedades del corazón. Todo el día, en mi grande y loco corazón se levanta una vida de la que solo percibo el eco unido a cosas que no pueden hacerme olvidar mi amor. ¡Si tan solo fuera el amor de alguien! ¿Pero creeré en la sinceridad de aquellos y aquellas que aspiren a crearlo conmigo?

El amor, con sus alas de cólera…

Dulzura de inventar una vida para aquellos que nos hacen el favor de olvidar su ser por nosotros… Ella fue para mí el olvido de lo real, ¿no sabría yo prolongar en su provecho el encantamiento que me procuró? Así habla el hombre, en el silencio, en la soledad; y su palabra consagra su impotencia y la inutilidad de su aspiración hacia lo bello. Bajo la apariencia de un sueño por realizar, nunca ha conocido más que su debilidad y la esperanza de conocerlo a través de las lágrimas. No hay más que el deseo de profundizar en esta nada, de sondear el vacío en la contemplación de todas las cosas.

He cambiado. Todo mi ser gime a través de una especie de altura que se descubre en mi pensamiento, y este gemido anuncia a las claras que soy mortal. Los lamentos que me colman se vuelven evidentes: mi desesperanza no era más que

una forma de pensar mi vínculo conmigo; y el horror que me inspira en todo momento se libera como una sombra en el umbral de la nueva vida en la que creo que voy a entrar. Ya no es tiempo de proyectos; para mí el acto de escribir es alegría, el único acercamiento posible a aquella a la que no encuentro nunca en este mundo. Escribo sin detenerme, impido que el tiempo me revele que no es la pulsación, en mi corazón, de mi amor.

Todos los sentimientos que llevan un nombre en este mundo se acercan para hablar conmigo de mi deseo. «Escucha a tu dolor hablar de otro tiempo en el pensamiento de que eres feliz. Escucha a tus celos como si tu sombra fuera a pasarte un cuchillo».

«Tu infancia está ahí… ¡No! De golpe percibes la inutilidad de tu vida; y en vez de tu infancia, aquello que en el pasado se ofreció a llenar de amor el espacio por descubrir. Ya no queda nada en mí de aquella insatisfacción que siempre me colmó. Lo descubro en diferentes épocas de mi vida como el indicio de una presencia a la cual mis sentimientos ofrecieron más o menos luz en el agua clara de un espejo…».

Y ahora escribo para que mis palabras den la idea de una alegría única en este tiempo desdichado. La sociedad de la que formo parte caza a los hombres buenos, o les daña: separa el pensamiento de sí mismo, asigna la soledad como verdad a ciertos individuos a los que no presta ninguna atención. Es la vergüenza del tiempo en el que vivo hacer la existencia menos pesada a aquellos a los que, como a mí, ha destruido en sus tres cuartas partes. La vida, al deshumanizarme, me ha separado de lo más abyecto. Pero esta consideración necesaria no merece ser meditada.

A los treinta y un años, siento que mi vida se absorbe aún en la promesa que se hizo, hace un cuarto de siglo, mi corazón de niño. Ya se trataba de amor. Pero el despertar de este sentimiento se matizaba con todas las impresiones en las cuales mi extrema juventud encontraba el sabor de su carne; y, en vez de la esperanza de que se inscribía en ellos, son estos recuerdos poéticos lo que encuentro dentro de mí: el viento de diciembre en la callejuela iluminada por una muchacha con un vestido rosa; el olor del polvo en el viento que sopla desde el mar… La Palme, olor a cabra y a sal, y el ramo de lilas blancas que recogí en el jardín de una muchacha, mientras lamentaba que ella no recordara que ya me lo había ofrecido.

«¡Estás ahí! Siempre estás ahí. Nadie te ha quitado el bien más preciado de tu adolescencia; e incluso la muerte pasará sobre ti sin verlo porque ¿cómo podría apropiarse ella de lo que tú te has prohibido a ti mismo matar? Presta atención a tu felicidad. El peso de los años no cuenta. Y ahora sabes que el hecho de que tu corazón encuentre el lugar para latir está fuera de tu alcance. La belleza perdida, vívela en ese instante que llega en el que ella es el amor más que tú mismo; y por tanto la necesidad de que te busques y te encuentres en tu corazón.

«Tuviste que inventar un lenguaje para hablar contigo mismo».

Bajo los golpes del viento, y en el olor de la uva moscatel y las algas, permanecía la misma esencia voluptuosa cuya virtud me muestra un rostro traslúcido, cada vez más sensible, cada vez más transparente al pensamiento que tengo de todas las cosas. Cuando pienso en una mujer me vienen la palabras

a la boca; me digo: «Hablar… estar unido en ella a la presencia de todo lo que ella ama…».

Traduciré esta exaltación en términos más sensatos. ¡Qué me importa si la realidad debe enriquecerse de imágenes inventadas para permanecer igual a mi amor en las frases carentes de imaginación de mi traducción! Tan pronto como mi amor me habla de una mujer, la veo aparecer frente a mí con una corona de nomeolvides sobre la frente. Los mirtos de la leyenda y la corona de laurel nacen de un sueño de amor. Ahí está no la verdad, sino la expresión de una verdad más alta, sin relación aparente con ella.

Lo que domina este fin de año es la convicción aplastante de que no presto atención a mi arte. No sé escribir; e incluso me parece que debería expresar esta incapacidad bajo una forma aún más dolorosa. En lo raros casos donde he conseguido lograr un éxito, este ha encontrado sus medios fuera de mí. No soy el autor de las cosas pasables que he hecho. Parece que el esfuerzo que hago por explicarme agrava el equívoco entre mi pensamiento y yo.

Precisaré este punto con la ayuda de ejemplos. Un buen espadachín cuida de su mano de esgrimista. Incluso después de años de reposo tiene los dedos y el antebrazo habituados al peso del arma. Su habilidad aparece en él como la forma de una función. Sin duda esto es así porque se ha vuelto instintiva, ¿por qué yo no puedo sentir en mí el don de escribir más que como el peso de lo que me impide ejercerlo?

Esta angustia me lleva con frecuencia a retratar lo que tengo frente a los ojos. Aprender un empleo requiere describir cada día, con aplicación, personajes y rostros. Todos mis amigos deberían tener su retrato en este cuaderno. Incluso aquellos a los que solo veo de vez en cuando.

¿Cómo describir, por ejemplo, a esa joven a la que yo decía que era guapa pero quizá demasiado tazón de leche?

Una mujer grande de tez clara, a la que su profundidad de ojos hace parecer pálida, pero pálida como el día. Siempre bella, con un rostro muy expresivo animado de una alegría infantil y juguetona en la que la luz se extiende como la dulzura de un agua durmiente; un rostro de niño que se rodea de su belleza para ser la paz de la mirada.

Aquí mi debilidad se traiciona. Mi pensamiento pretende escribir sin mí. Nunca he escrito más que para rechazar hacia las sombras el mundo que da peso a mi condena. Siento el dolor que debería sufrir para dar color y duración a formas que se adhieren a mi pensamiento de hombre impedido y apagado. A partir de cierto momento, mi descripción debería continuarse a lo largo de mi amor, en la belleza desgarradora de frases capaces de consagrarme al olvido. ¿Por qué no lo he intentado aún? Debo proceder como un pintor… Pintar con las palabras, incluso si han perdido su sentido para mí.

Es más sencillo, por supuesto, cuando se trata de una mujer que me parece fea. Describo sin esfuerzo los rostros que se inscriben por sí mismos en el mundo de los objetos. Veo con claridad lo que puedo comparar.

Tendré ocasión de volver sobre este punto. Esta tarde hay una observación más urgente que anotar, un rasgo de carácter bastante detestable que descubro en mí: una estúpida desconfianza. Mi espíritu dispuesto a sentirse ofendido por actos que no había previsto. Desearía que mi amiga fuera hasta tal punto mía que ninguna de sus decisiones pudiera sorprenderme. Esto significa que pienso mis actos, no como actos, sino como

pensamientos, intenciones. Para mí no son fruto de las circunstancias. Toman mi lugar en una existencia de la que yo querría ser toda la fuerza viva… Es un instinto de vampiro. Los vampiros existen. ¿Las mujeres aman a los vampiros?

La serenidad reencontrada, después del amor a cosas inquietantes. Hablo y mi voz me mantiene cada vez más en las sombras. De mis pensamientos aprendo que debería amar el amor.

Durante mucho tiempo, he hecho todo lo que estaba en mi mano para dar realidad a un sueño que no conozco. Vivía, iba al fondo del amor que tenía por la vida, ponía todas mis fuerzas al servicio de una ambición extraña y que solo ahora comienzo a identificar: quería evitar convertirme en alguien, tener la mayor realidad posible bajo la forma de un ser que nadie podría definir. Quería ser un desecho.

¡Si tan solo supiera por qué! Quería ser un desecho para perder en mí el mayor número posible de cosas reales. ¿Ha cambiado desde el tiempo en el que me parecía penoso tener que tumbarme cada tarde en el mismo lecho? Con diecisiete años, observaba con envidia a aquellos que no tenían domicilio fijo; y es a ellos a los que aún deseo parecerme cuando aspiro a que mi espíritu sea una fuente para lo inesperado, que se limpie de toda idea preconcebida concerniente a mi personalidad. Persigo un sueño de adolescencia.

Volver sensible en mí toda la movilidad del elemento. ¡Que mi vida sea la ruta de lo real y no la de mi deseo! ¿Por qué es necesario entonces que mi palabra muera antes de ser mía?

No quiero quedarme para siempre fuera de mi pensamiento, que me ha hecho vivir. Debo seguir cada una de mis aspiraciones, abrirme, gracias a ellas, un mundo en el mundo.

Necesidad de ser como el demonio interior de todo lo que amo, algo profundo en la vida de aquello que me separa de mí. Sentido de la voluptuosidad que existió durante un tiempo en mis cartas a los ausentes; y hoy, delirio que me llevaría frente al rostro amado. ¡Serlo todo en el corazón de aquella que me haría dudar de que estoy vivo!

O bien, como se suele decir: hacer la historia en lugar de sufrirla. No conformarse consigo mismo. Escapar a la necesidad de encarnar una figura prevista entre los hombres. Forjar la vida en lugar de sentirse forjado por ella. ¿Acaso no es una tentación diabólica? ¿El secreto del silencio que ciertos días se extendía sobre mí?

Y mi felicidad es la fuente de mi felicidad. Me siento fuerte como la luz en una vida que va más allá de sus sueños.

Sé que la felicidad de un hombre puede ser infinita. ¿Es la recompensa de aquel que jamás ha renunciado a su vida? Un único asunto me preocupa: me siento incapaz de dar forma a esta felicidad. No sé dar la medida de mi alegría a través de mis palabras. Y sin embargo, no es más que la alegría de vivir.

¡Felicidad cuya inmensidad me eleva hasta ella! No podría dar una idea lo bastante alta de los días que he vivido…

Terror repentino. Comprendo que esta felicidad no es más que una forma de belleza. Sobre el camino que esta belleza ha tomado para hacerse sensible me siento atrozmente pillado por sorpresa. En la inmensidad de mi felicidad, lo que me da miedo es no ser más que yo.

Ya no sé hablar de lo que me es ajeno. Y en relación con lo que me es más querido soy como un hombre que hubiera perdido su voz. Siento que no vivo más que para hacer el silencio sobre un instante sin límites, inaudito; para nombrar mi felicidad que sobrepasa con mucho los límites de toda existencia. Y una angustia me atrapa. Temo que mi felicidad no recaiga sobre mí.

Otra vida se esconde en mi vida. Y ahora lo sé. Sé cómo debo vivir. Defender mi felicidad de mí: volverla parecida a sí misma, es decir, tan diferente de todo lo que en el fondo soy. Pero esto se traduciría mejor, pienso, con palabras: Quiero ser la obra de mi felicidad…

Algunos me ayudan, me dan mucho sin saberlo. Piensan que solo me dan su tiempo, su amistad, cuando en verdad han ejecutado en mí un verdadero milagro (que se me permitirá definir de forma un poco enigmática). Me han devuelto el amor en su aspecto eterno.

Es en voz queda, a la fuerza, y en tono de confidencia, que prosigo con este tema, tan bajo que nadie puede escucharme, ni siquiera yo… Después de la desgracia que marcó mi fin, ellos siguieron viéndome, amándome cada vez más según mi vida ocupaba menos espacio. Ya no era el hombre que amaban en mí, sino a la obra de Dios. Y me bañaba deliciosamente en el resplandor de esos ojos que si no se hubieran abierto en el interior del pensamiento no habrían sabido verme. Hasta tal punto había sido eliminado del orden de los vivos.

Se me puede reprochar mi falta de fuerza. ¡Qué pobre impresión daría a una mujer que solo amase a hombres fuertes! En otro tiempo fui fuerte.

El corazón tiene necesidad de equívocos. El más provechoso de todos es aquel que ninguna explicación, nunca, sabría deshacer. Y creo que su principio reside en una disposición excepcional para amar, tan maravillosamente desproporcionada frente a las condiciones de este mundo que la mujer más amorosa se encontraría desde el principio abrumada y por desgracia inducida a no conocer más que el desánimo en lo que ella llama su amor.

Dos de la mañana. Arder entre perfumes. Romper por algunas horas más con el sueño. Buscar los elementos de la alegría que te hizo amar la vida.

Que a cada instante aquel que soy inmole al que fui. Tal es el deseo que formulé en otro tiempo y que mi vida ha cumplido. A veces en la sucesión, a veces en la simultaneidad. Como estudiante, un burro brillante. Estúpido e inteligente de manera ferviente, repentina, como por odio a su propia estupidez. Soldado valiente, pero por momentos, huyendo con frecuencia, no del peligro sino de mi coraje que me habría aislado de lo real. Amante, ¡oh, por mucho tiempo la más dolorosa de todas las pruebas! La esperanza de que al fin sería todo amor y nada de mí mismo; henchido de la sustancia del sueño; y todas, absurdas, cerradas, —salvo acaso una— existiendo por completo en su amor, con las ideas dispuestas; y buenas, demasiado buenas para el yo que yo mismo había matado.

Volverme yo por completo para saber de qué debo deshacerme. Conocerme para saber repudiarme… Para ser el lugar de una fuerza intacta; sentir que soy, no la vida, sino el refugio de la vida.

Seguir las lecciones del amor único. Este era más grande que el amor; y resultaba natural que la más alta elevación tomara la forma de aquello que siempre me había absorbido por

completo. ¿El amor? Símbolo del conocimiento supremo. Y todo lo que yo llamaba amor, justamente, no era más que imagen en él. Bien visto y mal dicho. Todas las realidades más ardientes del amor nos hacen olvidar lo que es en el fondo. Porque todo lo que existe es la prisión de lo que es…

Al margen debo anotar las magníficas enseñanzas ofrecidas por la auténtica pasión. Furor de encontrarse ligado al ser que se ama, de saber que en ella hay pensamientos vacíos a los que se siente apegada con pasión. ¿De dónde viene este furor? Conociendo a través de su rabia lo que me arrastra en dirección contraria, veo en la más rica naturaleza de la mujer un espejo de mi imbecilidad, el testimonio de que tanto en ella como en mí hay fuerzas muy grandes que actúan para alejarnos del amor. Se diría que ella ha hecho la apuesta de parecerse a mí para que yo sienta asco de mí mismo.

Excavar. Don precioso. Solo es degradante a mis ojos; es decir, las condiciones de ese desencanto delimitan con precisión una de mis debilidades. ¿Poseo ideas que permitan seguirme el rastro? ¿Todos sabrían atraparme en la red de su idiotez?

Iré al fondo de este amor que es tan grande que podríamos vivir como extranjeros en él. Su luz nos acerca tanto como nos separa su realidad.

Sé tu enemigo. Es el único medio que tienes para engañar al adversario que te presiona: el Tiempo, el odioso tiempo.

Avanzamos lentamente en este sombrío mes de diciembre. Llueve. Espero las rosas de Navidad.

El silencio de la noche me despierta. A las diez, después de una jornada árida, de pronto me siento bien, viviendo como si mi pensamiento fuera la fuente de mi ser.

Con frecuencia la tarde se llena de ideas negras. La noche no cambia el color de esas ideas, pero me da otras. Comprendo entonces que estaba bien dispuesto para la vida que me he construido. Mi melancolía me pesa por ser solo mía; pero es larga y puede ser comprendida. Ella prueba mi soledad, pero la conozco tan bien que hace aparecer en mí otro yo para compartirla.

Interferencia… Voluntad de imponer los valores a los que sirvo. ¡Que todo lo que amo adore lo mismo que yo admiro! ¿Deseo de precisar el sentido del futuro?

De este modo, un hombre cree que quiere ser grande, y toda su ambición consiste en asegurar el éxito de una idea.

La razón de mi oscuridad reside en el hecho de que tengo algo que esconder. La claridad de una frase no es más que un aspecto de nuestra serenidad moral.

Pero este secreto no debería ser tal. El sentimiento que escondo tiene derecho a salir a la luz. Amo como a una hermana a la joven esposa de uno de mis amigos. Ella responde a mi afecto por una especie de amistad muy sólida, creo, y que es todo lo que una mujer enamorada de su marido puede ofrecer a un hombre. Todos pueden oír las palabras que intercambiamos. Y sin embargo, mis sentimientos hacia ella no están exentos de una suerte de temor: me parece que nuestro afecto está condenado. Quizá a causa de mi pasado.

En primer lugar, he pretendido ver claro dentro de mí. Es necesario que este sentimiento dé la medida de todo lo que yo podría sentir. A esta ambición subordino todas las que he alimentado hasta hoy. Quiero crear entre ella y yo el equivalente del vínculo indestructible que existe entre el hermano y la hermana.

Lo que lo complica todo es que ella es muy bella. Pero lo que lo simplifica todo es que es muy inteligente. Para darme lo que amo en ella es necesario que ella sea la que yo amo. Quiero decir: ha sido al volverse contra las exigencias de mi naturaleza que mi amor me ha revelado que ella era bella.

Todo esto expresa muy mal mi pensamiento. El hombre nunca quiere tocar lo verdadero. La verdad de la palabra es el silencio que la sigue. ¡Otra frase hecha! Mi afecto por ella solo puede aparecer bajo la forma de una manera de vivir.

Para empezar, encontrar el medio de hacerle comprender esto. Mostrarle la naturaleza de mi apego, mostrarle con claridad el lenguaje de las verdades eternas.

Es una mujer: ha salvado mi vida. Me ha salvado de mi vida. Ha querido que no haya más que un pensamiento en mí para concebir la miseria de la existencia y su grandeza. Ella no ha querido conocer más que mi corazón. Sin embargo, me ha hecho hombre con sus ojos.

La sirvienta entra en la habitación donde el señor está tendido. El caldo que le trae está demasiado caliente. Mientras él sopla sobre el líquido ardiente eleva sus ojos hacia ella.

Esta mirada le da ánimos. Se acerca a él, junta las manos y toma la palabra:

—Tengo entendido que el señor escribe versos…

—No, no, María, nada de eso.

—Bueno, quería decir que se comenta que el señor es poeta.

—Como quieras…

—Es que me gustaría contarle una cosa que creo que le gustará.

La luz de las lámparas pone un reflejo rosa sobre su rostro de la mujer mayor. Él le presta toda su atención. Sin embargo, una impresión singular lo atraviesa. Le parece que ocupa el lugar de otro… Se siente presionado por la necesidad de mostrarse atento a la palabra de esta mujer que es más real que él.

—Mañana en Villegly entierran a un viejo. Uno que necesitó seis meses para morir.

—El otoño ha sido tan caluroso que aún hay mosquitos en la habitación. Haces mal en encender la lámparas cuando las ventanas están abiertas, María. ¿Y ese anciano del que me hablabas?

—Bueno, no sabían si se hacía el muerto o si se moría de verdad. El cura llegó, lo lloraron, sus hijos lo vistieron. Encendieron cirios, le llevaron flores…

Y cuando las pusieron sobre la cama, abrió los ojos y dijo: «¡Ay, morirse no es tan fácil como parece!».

Por cuatro veces comenzó a abandonar este mundo. Pero esta vez lo han enterrado.

—Pero al menos estaría muerto.

—¡Por supuesto! Me lo contaron sus propios hijos.

Esta tarde ha llovido tan fuerte que he temido que Charles y Simone no vinieran. A las diez, ella ha entrado primero, reluciente. Charles había ido a echar una carta al buzón.

Poeta a su pesar. Muy enfermo, reducido a vivir en el pensamiento, todo lo que hace para manifestar su existencia se convierte en una forma de hablar; y puesto que se obstina en vivir, parece muy inspirado. No un gran poeta, sino muy poeta. Es necesario que su vida se desarrolle entre sus ojos y sus labios. Es necesario describirlo con todo detalle. Hay muchos hombres como él. Pero no son visibles.

La enfermedad ha sido más fuerte que él, por supuesto. Pero frente al deterioro ha luchado por su conciencia. Sus piernas apenas le sostienen. Vive acostado: entre una botella de agua mineral y un cofre lleno de utensilios inquietantes.

Se ve obligado a pasar una parte de su vida en silencio.

—Hay una parte de mi vida, dice él, que está hecha para el olvido. Reniego de un cierto número de mis acciones, como vosotros hacéis con vuestros sueños.
—Eso es muy cómodo, responde F.P., que es demasiado estricto, demasiado leal para admitir de primeras un punto de vista que sin embargo terminará aceptando.
También es cierto que el enfermo le suministra explicaciones convincentes:
—Mi vida solo tiene una cara, no dos como las demás.
Entonces enumera un montón de cosas inútiles, entre las que merece la pena destacar esta:
—La vida me ha abandonado: solo me queda la conciencia para retener una parte.
Pero escuche, voy a explicárselo mejor… De mí solo queda mi pensamiento para oponerlo a la muerte. Esto tiene consecuencias. No admito como válido nada de lo que me veo obligado a ocultar.
Por último, dice:
—Un secreto es demasiado pesado para una vida pálida y liviana como un aliento. Soy tan poca cosa que una obsesión me aprisiona, me encierra en el mundo desconocido en el que nacen las obsesiones. Una necesidad de higiene me obliga a convertir estas obsesiones en recuerdos puros y simples.
—Pero, responde F.P., ¡qué vida de sátrapa!

—Sí, mi esfuerzo de perfeccionamiento se ha ejercido sobre un plano inesperado. He pretendido tenerlo todo. Eso es todo.

Es el lado negro de mi vida. Hay actos que cometo para no tener necesidad de cometerlos. Purgo mis pensamientos.

Este poeta hace pensar en alguien que busca un sendero entre la maleza: un sendero por abrir, del que solo existe una idea, del que nadie ha presentido siquiera el recorrido.

Lleva una vida singular. Pasa una parte del tiempo suprimiendo imposibilidades.

¡Curioso! Muy curioso. Pero no como un jardinero que quiere crear un nuevo tipo de rosa. ¡No! No se trata de eso. La comparación solo sería admisible si el jardinero pretendiera, al matar sus rosas, obligar al rosal a crear la flor que no podrá matar.

Desearía que su espíritu solo luchase contra las dificultades que provienen de su naturaleza.

Esta voluntad se expresa mediante palabras vanas que no vamos a reproducir. Se notará que este libro avanza como una instrucción judicial. Al igual que el relato de aventuras, esta novela es la búsqueda de un objeto perdido, y este se parece, aunque un poco de lejos, a lo que los filósofos denominan lo real.

Ciertas tentaciones me hacen pensar que detrás de toda mi vida afectiva hay un sueño imposible de cumplir: El hombre quiere ser un gigante, o el hijo de una giganta. Una reflexión me atraviesa de inmediato: ¿hay un hombre con bastante talento no solo para comprender las teorías de Freud, sino tam-

bién para ponerlas en práctica? Son el aspecto humano de una verdad que un hombre podría tomar tal cual de la boca de los ángeles.

Escribir un libro es hacer asistir al lector a todas las vicisitudes de una situación que se intenta esclarecer.

Es necesario anotar al mismo tiempo las etapas de la victoria conquistada sobre sí misma… Recuerdas entonces ese esfuerzo perpetuo para asegurar la unidad de tu ser y tu devenir.

Que nunca más mi voluntad permita al hombre que soy una sola ocasión de caer. Quiero estar presente por entero en cada uno de mis instantes, como si todos fueran el de mi muerte. Tal es al menos el pretexto que me doy a mí mismo.

Cuando me siento desdichado, es porque mi estupidez me pesa. Leo una página cuya belleza se me escapa, o más bien, cuya belleza me hace lamentar mi insuficiencia. Y esta impresión es tan profunda que no penetro en ella si no que la traduzco… Una belleza de la que soy espectador y a la cual no puedo unirme más que separándome de mí. Como si mi pensamiento, al unirse a un devenir más alto, no lograse más que adormecerme. Durante la lectura experimento un placer del que lamento que mis músculos no puedan participar. ¿Por qué admirar a un hombre es una forma de saberse diferente a él?

¿No llegaré nunca a mantenerme despierto? A cada instante, marcho hacia la verdad. Creo atraparla, la expreso, pero solo para distinguirme de la luz que extiende. Me ha parecido desesperante conocer que mi verdad no era mi fuerza.

Escucha bien. Quizá sea la fuerza de los otros. Tú solo haces tu trabajo.